

eminentes signos de alegría la felicidad y el gozo de nuestro primer encuentro.

Luego no supe qué camino seguir. El gusto por la nueva pasión descubierta, hasta hacía unos días desconocida para mí, me empujaba a salir a la calle a buscar a aquella señora, en las plazas, en las tiendas, en cafeterías y discotecas, pero sobre todo en librerías y bibliotecas.

Mi búsqueda era ansiosa y a veces desesperaba. Una vez probado el néctar de la flor, la dulzura de su piel se había infiltrado en mis venas provocándome una necesidad, una adicción sin fronteras que poco a poco me ponía cada vez más nervioso según pasaban los días y yo seguía sin encontrarla.

Descubrí que todo era inútil un jueves por la noche. Tumbado en mi habitación la volví a encontrar frente a mí, a sólo un par de palmos de mi nariz se encontraba de nuevo su cuerpo. Vestía de manera diferente, esta vez sus ropas eran azules y sus formas habían cambiado ligeramente. Aún así supe reconocerla cuando volví a estar dentro de ella provocándome mis goces más libidinosos.

Comprendí entonces que de nada había servido mi búsqueda, pues sería ella quien me encontrase a mí, siempre que se lo propusiera, mucho antes de que yo ni siquiera hubiese advertido su presencia.

Después de aquel segundo encuentro nunca más volví a dejarla salir de mi habitación. La encerré allí con temor de volver a perderla, aunque ella tampoco llegó a manifestar nunca su deseo de

abandonarme. Cada noche, y a veces cada día, nos entregamos a un nuevo acto lujurioso muestra de todo nuestro placer mutuo. Han pasado catorce años desde que la conocí, catorce años en los que yo he crecido y en los que ella ha seguido envejeciendo, su edad se cuenta con números de cuatro cifras, pero pese a su ancianidad goza de un inmejorable estado de salud.

Yo gozo con ella con la misma intensidad del primer día, exceptuando los justos parones para descansar. Cada vez es distinta, nunca repite un vestido, así ha sido en estos catorce años.

Pero nunca sabré qué habría sido de mi vida si aquella compañera de clases no me hubiese prestado aquel libro y yo no hubiera conocido a aquella señora, la literatura.





“La literatura y los días de”

Pilar Gómez Ratia

Son muchos los que están en contra de los que pasará a denominar *días de*, jornadas marcadas en nuestro calendario como días internacionales, nacionales o universales que nos recuerdan determinadas cuestiones, temas o problemas que de manera más o menos directa nos afectan a todos. Y es que, lejos del rechazo, creo que los *días de* son una buena forma de engancharnos a la vida, a lo que pasa ahí afuera, a los problemas de los demás.

A veces nos encerramos en nosotros mismos y no vemos más allá de nuestras narices hasta que alguien nos abre los ojos y nos recuerda que hay problemas aún por resolver como la discriminación racial, la vulneración de los derechos humanos y laborales o la falta de investigación sobre determinadas enfermedades. Vivimos inmersos en la que se ha pasado a llamar Sociedad de la Información, infinidad de noticias inundan día tras día los medios de comunicación, sin casi dejarnos un momento para digerir esas informaciones y sacar nuestras propias conclusiones, porque para ellos el presente ya es pasado.

Como decía antes, me gusta ver estos *días de* como un lazo de unión con la vida, al igual que la literatura que también nos puede ayudar a comprender mejor lo que estos días representan. Cuántas obras sobre el dolor, el amor a la tierra, la paz, la desesperación, la discriminación, la juventud o el racismo no se han escrito a lo largo de la historia.

De esta misma forma también lo han entendido institutos de nuestra provincia, como por ejemplo el IES Caleta, que en más de una ocasión ha sabido conjugar a la perfección estos tres factores:

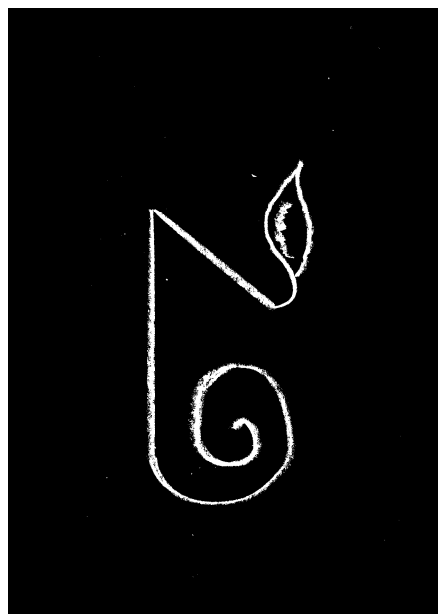
días de, literatura y estar abiertos al mundo. Siguiendo esta fórmula celebraron el Día contra la Violencia de Género con una lectura colectiva y un acto literario, y así acercar a los alumnos a la realidad que tristemente hoy día padecemos. Iniciativas y actividades que se engloban dentro de un Plan de Lectura y Biblioteca que han puesto en marcha centros como éste para fomentar el hábito por la lectura entre sus estudiantes. Por cierto, hablamos de un instituto que tiene el honor y puede presumir de haber recibido el Premio Nacional de Buenas Prácticas de Convivencia, que cada año concede el Ministerio de Educación, por las buenas relaciones dentro del ámbito escolar.

Algunos sociólogos han afirmado en sus estudios a lo largo de la historia que *al individuo lo cría la tribu*, hoy en día sabemos que la educación de un niño o de un joven depende de la familia, de sus profesores, sus compañeros de clase, sus vecinos del barrio, amigos, internet... y los libros. Precisamente ellos, los libros, la literatura debería recuperar entre los más jóvenes el papel educativo, lúdico y formador que siempre han representado. También tenemos marcado en nuestro calendario el Día Internacional del Libro Infantil y Juvenil y depende de todos nosotros que este día, al igual que otros, no sólo se celebre sino que también se pueda festejar.

De momento, nuestros niños están a la cola en comprensión lectora dentro de programas como el Proyecto PISA de la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico), que se dedica a medir el rendimiento de los alumnos. Pero quizás, si empezamos a trabajar desde ya y a reforzar este aspecto, podríamos conseguir mejores resultados, no por quedar bien en estudios como éste sino por el bienestar de ellos.

Así que a partir de ahora podríamos utilizar estos *días de* y la literatura como herramientas para estar en contacto directo con el mundo, con la realidad. Hagamos el trabajo de un periodista que

tiene que estar pendiente a la vida, observando los detalles, analizando las situaciones, reflexionando sobre lo que ocurre a su alrededor y mostrándose crítico ante los acontecimientos que se precipitan día tras día.

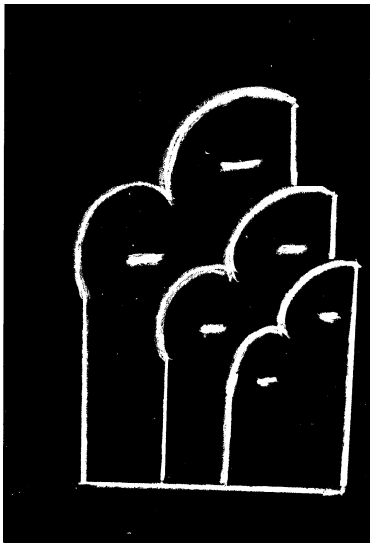




“Magnífica bandeja de pecados”

Francisco Rodríguez Apolo

Magnífica bandeja de pecados
servida en su sazón a pecadores,
sentados en el festín de los colores
de lenguas e incisivos bien armados.



Manzanas devoradas por soldados
del casto paraíso. Desertores
valientes del edén, sin ser traidores
ni amigos de reptiles deslenguados.
Amantes, que al amor siempre contestan
y comparten la fresca y jugosa
manzana del deseo más hermosa.

Amantes, que al amor siempre se prestan
celosos del orgasmo placentero
que calme la llamada del frutero.



“Encuentro con Platero”

Esteban Fernández Villegas

Mi corazón no está aquí, está en Moguer junto a Juan Ramón, he vivido con tanta intensidad la lectura de “Platero y yo” que a los cincuenta años de su fallecimiento parece que convivo con ellos.

Siento un golpeteo, como si el eco de la tierra estuviese llamando en mi cabeza, me despierto y mis ojos chocan con otros ojos más grandes, enormes, son los de mi amiga que patea con su mano derecha el suelo, -trata de llamar mi atención, decirme algo. Rebufna suavemente, tan pesada se pone que me incorporo.

Una suave brisa desliza su aroma penetrante a madera tierna, las sombras se balancean sobre la fresca hierba, los pinos, como si saludaran el paso de los seres vivos, bambolean sus copas alegremente.

-Bien, Cantarina ¿qué es lo que quieres? ¿No ves que hace mucho calor para jugar?

Pero ella no me oye, levanta la cabeza, me doy cuenta de que quiere indicarme algo. Hago la intención de volverme, cuando siento un resoplo a mi espalda, giro sobre mí con rapidez y...una figura mayor que Cantarina me observa a corta distancia. Despacio me pongo de pie, estoy emparedado entre dos personajes, uno sé que es Cantarina, pero el otro...Sí, digo el otro porque es un

macho, y lo demuestra lo bien formado que está, pelo plateado tirando a gris por los bajos de la barriga y extremidades.

Pero, ¿por dónde se ha colado este jumento si todo está cercado de alambres?

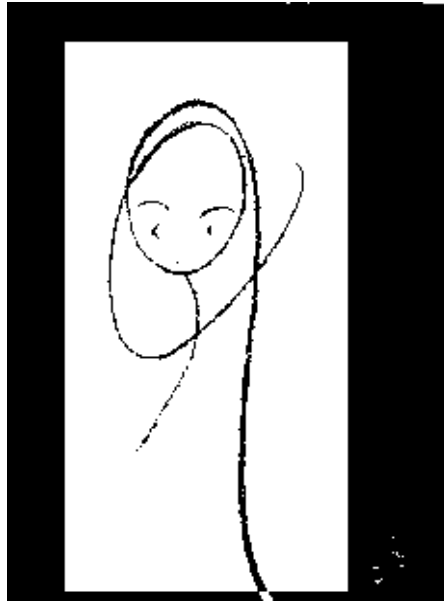
Tal vez esté abierto el portillo, mas en ese instante veo claramente que no era mi persona su centro de atención, me echo a un lado, dejo exento el camino, y aquel cuadrúpedo agacha la cabeza, y después de levantar el labio superior de su hocico con todo descaro luce su dentadura -¿Se está riendo de mí este dichoso burro plateado? ¿Plateado? ¿Será la reencarnación de Platero? Mis ojos no se apartan de Cantarina.

¿Qué le ocurre a mi niña?

No es la misma, creo que el pelo de su cara oculta el sonrojo. Es la adolescencia, su cuerpo, seguro que despide en esos momentos olores inconfundible para Platero, que acerca su cabeza a la de ella, le huele los morros, sigue el recorrido hasta los ojos, luego las orejas y finalmente las crines donde hace una demostración cariñosa con pequeños mordisquitos en la parte superior del cuello, ella, coqueta, gira la cabeza y le responde de la misma manera.

¡Cantarina! Voy de sorpresa en sorpresa, por fin parece que me entiende, me dirige una mirada comprensiva, se acerca, pasa sus belfos por mi cara y empieza a caminar, se detiene y vuelve la cabeza para despedirse de mí, ¿de mí? o decir a

Platero: sígueme. Lo cierto es que juntos echan a andar y se alejan ocultándose entre matorrales. En esos momentos la soledad fue mi compañera, ¿qué te pasa Esteban? nada...nada, no estoy triste, tampoco alegre, sólo satisfecho porque la vida seguía su curso.





“Recordando a Juan Ramón Jiménez”

Ernesto Caldelas Lobo

“EL GALGO”

Al amanecer de esta mañana blanca y fría de Enero asoma, a través de la puerta de cristales de la cocina, la cabeza blanca y negra de “Moro,” el galgo. Esta noche, a falta de conejos, ha cazado un par de ratas mugrientas de lo que se siente orgulloso como del mejor de los trofeos. Mientras preparo el café y las tostadas, al calorcillo agradable de la lumbre, aparece todos los días a la misma hora en busca de su bollo de pan que devora con avidez. Su andar cimbreante y atlético le distingue. Es un ser entrañable y cariñoso como ninguno, con el que he obtenido una gran amistad pero no te descuides porque, como una sombra, se desliza por la casa o el gallinero para sorprender y robar comida, huevos o lo que encuentre a fin de aliviar su insaciable apetito. El invierno es como el Moro, largo, enjuto y con hambre. En el invierno del mundo son muchos los que, todavía, carecen de todo y mueren de inanición. ¡Moro! No es posible que aún no se haya podido solucionar esta horrible situación, mientras nosotros tenemos comida y bollos tiernos.

Ya pronto abrirá la risueña primavera con su manto verde de esperanza y de flores en el sendero.

Mi nieto Antoñito dice, en su lenguaje de dos años y medio,
“El Moro es un poquito *regulá, muelde.*”



Con los primeros rayos de sol el friolero galgo duerme con un ojo abierto calentándose y sueña con largas carreras de liebres entre los matorrales y las palmas de las fincas “La Miconá” y “El Boyal.”





“El bebé”

Ignacio Jesús Leal Almagro

Manuel se dirigió de noche, por el *semiiluminado* callejón a tirar la basura acumulada durante la noche anterior y el día presente. Abrió el compartimento del contenedor y soltó la bolsa.

Al volver tropezó con un canastillo que no había advertido a la ida.

- ¡Coño! - Exclamó.

Seguidamente del tropezón oyó un gemido seguido de un sonoro llanto, destapó la manta que lo cubría y se encontró con un bebé de unos seis meses.

Había sufrido, la criatura, la apertura de sus esfínteres, estaba mojado y olía, cogió pues el canastillo y lo llevó a su casa. Al tener un niño de un año, tenía un biberón, así que le prepararon uno. Previamente él y su mujer lo habían cambiado y limpiado. Dejó de llorar al introducir la tetilla del biberón en la boca del niño. Una vez tranquilizado el bebé, la mujer de Manuel aconsejó llevarlo al Hospital Niño Jesús para posteriormente iniciar los trámites de acogida y adopción.

Lo montó pues en el coche y volvió el llanto, mientras Manuel conducía a 80 por hora, la mujer, en la parte de atrás del vehículo trataba de serenar al niño con un “ajo”, “ajo”.

Por fin llegaron. El niño fue introducido en volandas en el quirófano número dos, mientras Manuel y su mujer esperaban en el pasillo noticias de la salud (buena a decir de Manuel) de la criatura.

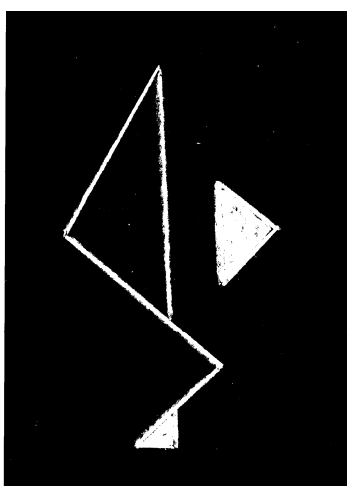
Unas dos horas después apareció la policía y el juez, intercambiaron unas palabras con el médico, éste al fin llamó a Manuel.

- Tengo oído que usted limpió y dio de comer al niño. Pero poco pudo tragar, pues este niño lleva unas diez horas muerto.

Aturdido por estas palabras pidió ver al niño, entró en el quirófano y tocó la fría frente del niño y sus gélidas manitas.

De repente el bebé abrió los ojos, sonrió y dijo:

- "Ajo", "Ajo".





“Del Guadalquivir al Guadalquivir”

Maribel Cano

(Renacer)

Es el último día del año y, ocupada en no hacer nada, se dedica a pensar. Retira de la pared el viejo calendario y, al volver la vista atrás, se reencuentra con cierta etapa de la mitad de la travesía de su vida en la que, al no permitir que le perduraran demasiado las heridas, sólo le quedan leves cicatrices casi borradas y el ciclo feliz del nacimiento de sus hijos.

Descubre la primera hoja del año que, a la mañana siguiente inicia su amanecida y, al mirar hacia delante, aleccionada sobre lo que considerará su último proyecto, comprometida consigo misma y sin miedo a las concreciones, se siente en la obligación de trazar un plan con el que emprender una nueva andadura en la que, aparte de ahorrar ciertos hábitos y renunciar a retadores compromisos, deberá considerar como el paso hacia lo desconocido y, trasmutando las hojas caídas de sus otoños trasnochados, convertirlas en páginas vivas de un bloc en blanco que, poco a poco, con manifestaciones heterogéneas y sencillas, convertirá en el último relato de una obra aparentemente inacabada, que la acercará a la persona escogida para darle un final y, ésa, será la señal de que nunca habrá desaparecido.

Cala la idea y se imagina el histórico día en el que, muy por debajo de la bóveda del cielo, sobre la angosta rendija de una peña escondida en los riscos del alto Jaén, Dios, creó una sencilla gota de lluvia de la que, con toda humildad, brotó un hilo de agua que daría vida al Gran Río de Andalucía, su Río, el Guadalquivir, que desde su recóndito nacimiento en las profundidades de los picachos más escarpados, hasta su discurrir por bravos despeñaderos y su pasear por lechos enseñoreados, la acoge confidente y, con suaves mecidas,

la posa en las finas arenas de las costas de Cádiz en nupcias con el Océano.

Y presintiendo el ocaso de un tiempo que no desea perdido, se aproxima a los remansos y, con gestos sin ensayar, besa las yemas de sus dedos, las devuelve al reposo de sus labios y se carcajea de la displicente proximidad de su imagen en el espejo. Y entonces va y se dice: “Tengo que construir una nueva vida, anexa a la que ya tengo pero con mayor estabilidad; para que mis emociones no corran peligro. Y una vez resumido lo aprendido, avizora ante lo novedoso, escribiré el mejor guión para la última obra de una gran actriz, la mía, en un plan de vida responsable, independiente y sencillo, en el que viviré a mi manera, con lo que soy y con lo que tengo, pero sin permitir que nada ni nadie, por medio de disimuladas pinceladas adornadas con falsa sensatez o con propósitos jactanciosos, se me acerque de nuevo con mentiras y me robe la sonrisa. Yo dispondré mi espectáculo para el final de mi calendario y, aunque me cueste, me enseñaré a ganar. Y continuaré escribiendo en las servilletas de papel de los bares, todas mis ideas y todos mis sueños, mientras me convierto en andariega de unas experiencias, vividas y dejadas en el decurso de mi Río junto al eco del aire donde, entre furias enardecidas de intrincados peñascales, vaharadas de esencias y arcos iris de espumas, quedarán los gritos desgarrados por la traición y las ausentes sonrisas del amor. Y al final del caudal, en el murmullo quedo del largo recorrido, permanecerá el alimento de la esperanza de una vida que, pudo ser, junto a los albores de tiernos arrullos que, nunca regresarán, hasta que, junto al cercano gozo del tálamo del Guadalquivir con el Océano, la amante del Río que nació y vivió en él y con él, descansa al acurruco de besos eternos”.

Pensó en los nietos que aún no había mecido, en lo mucho que amó y en la respuesta ingrata del amor. Pero también se dijo que, si estudiaba a conciencia la etapa de su apremiante vejez, tras las experiencias, la viviría con sabiduría. Ascendió por el lecho del Río hasta llegar a donde Dios dispuso que naciera y, agarrada a una estrella suspendida del cielo, fundida con el amanecer, comenzó su despertar hacia la nueva andadura de la que nunca se descabalaría.

Mezcló las lágrimas de su niñez con las de aquellas épocas que se prometió no recordar y, dándose de bruces con el añorado